

alguna concesión, acrecenté su poder..... me he quitado á mí mismo la fuerza que les he concedido..... bien pronto mis debilidades y complacencias se convierten en hábito, y el hábito es como una cadena de hierro que no se sabe hasta dónde nos podrá arrastrar.

PUNTO SEGUNDO.—*De todas las pasiones las más terribles son las que se disfrazan: ya para tapar y ocultar el pecado, ya para multiplicarlo, ya para confirmar al culpable en su crimen. La pasión se disfraza para ocultarse á la vergüenza y al temor que siempre acompañan al pecado. ¿Quién creyera que Judas quisiera pasar por abogado de los pobres? «¿Por qué no se vende ese bálsamo para repartir su precio entre los pobres?» Encubriendo su envidia bajo el disfraz del celo por el bien público y la religión, llegaron los fariseos de uno en otro crimen, hasta la monstruosa iniquidad del deicidio. Las pasiones se disfrazan además para confirmar al pecador en sus crímenes. ¡Cuántos artificios, cuántos ardides y engaños pone en juego la pasión para borrar á los ojos de los hombres lo que el pecado tiene de horrible y repugnante! A veces para ahogar los remordimientos se cae en la más desvergonzada osadía. ¿Quién hubiera creído que Judas se atreviese á hacer tan atrevida pregunta: Maestro ¿seré yo el que os hará traición?*

MEDITACIÓN XLII

La soberbia, principio de todo pecado (1).

I. Por qué Dios odia la soberbia más que todo otro vicio.

II. Razones particulares que nos han de mover á odiarla de la misma manera.

El hombre peca ó por huir de alguna pena ó por procurarse alguna satisfacción; de aquí que el pecador siempre se prefiere á Dios, y quien le inspira este acto de rebeldía es la soberbia que le impele á gritar: *Non serviam* (2). Declaremos pues, guerra sin cuartel

(1) (Eccli., X, 15.)

(2) Jerem., II, 20.

al vicio más detestable: *Odibilis coram Deo est et hominibus superbia* (1).

PRELUDIO PRIMERO.—Imagínese á Jesucristo escuchando á los Apóstoles que se disputan la primacía. Les presenta entonces un niño diciéndoles: «Si no os hiciereis como este niño no entraréis en el reino de los Cielos.»

PRELUDIO SEGUNDO.—¡Oh Dios mío, gloria de los humildes, fuerza de los débiles, dadnos sentimientos que convengan á nuestra pequeñez y á vuestra soberana grandeza!

PUNTO I

Por qué odia Dios la soberbia más que todo otro vicio

San Agustín nos da la razón diciendo que este vicio atenta contra Dios más que otro alguno y quisiera, en cuanto de él depende, derribarlo de su trono, atentando á su misma inmortalidad, y negando osadamente los atributos más esenciales de su divinidad. Por eso cuadra al soberbio más que á ningún otro el dicho de San Bernardo: *Quantum in se est, Deum perimit*. Y á la verdad, para un hombre dominado por esta pasión Dios «ya no es el primero y el último», el principio y el fin, el soberano Señor de todas las cosas: *Mea sunt omnia*. El soberbio no hace más que gloriarse de sus prendas reales ó pretendidas, como si no las debiese sino á sí mismo: en vano San Pablo le echa en cara: *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non accepisti?* (2). Dios ya no es para él la fuente adorable de donde brotan todos los bienes: *Ego sum alpha..... Ego sum primus*. Además, el soberbio lejos de referir á Dios y á su gloria cuanto dice y hace..... lo refiere todo á su propia gloria, y no quiere alabanza sino para sí. Dios ya no es para él ese fin último al cual, como los ríos al mar, deben volver todas las

(1) Eccli., X, 7.

(2) I Cor., IV, 7.

cosas. *Omnia in gloria Dei facite*. Ni para en esto, sino que alardeando independencias, mira como propios aquellos bienes de los cuales no es más que simple depositario; y por consecuencia ya no reconoce en Dios al supremo dueño, al Señor de los señores, cuyo es todo lo que existe: *Ego Dominus*.

Pero lo que importa sobre todo advertir y meditar seriamente es que este vicio, ya odioso de por sí, lo es infinitamente más si lo consideramos en un hombre que ha recibido de Dios la noble misión de atraer á los demás al debido respeto y obediencia hacia el Sér supremo.

Un monarca llega á saber que una parte de sus súbditos han levantado contra él bandera de rebelión. Sin demora se dirige á uno de sus cortesanos, colmado por él de beneficios y: «Ve, le dice, en ti confío: refrena y somete á los rebeldes». El elegido sale bien provisto de todo lo necesario para cumplir con su misión; pero apenas se aparta de la corte, vuelve contra su príncipe aquellas mismas armas que él le había entregado para defender y hacer respetar su poder y, puesto á la cabeza de los rebeldes, intenta alzarse contra el rey. ¿Qué crimen tan horrendo no sería este? Pues precisamente de este crimen se hace reo el sacerdote soberbio. El Rey de los reyes no contento con haberme elevado á la categoría de sus amigos, me ha revestido de sus poderes, me honra hasta confiarme el honroso cargo de sostener sus derechos vilipendiados, y defender su autoridad conculcada..... ¡Y yo en vez de hacerlo así me atrevo á suplantarle en el afecto y estimación de sus súbditos, haciendo traición á sus intereses y atribuyéndome la gloria y el honor que á Él solo son debidos! ¿No es esto una execrable felonía, un delito de lesa majestad?

PUNTO II

Motivos particulares por los cuales debemos odiar la soberbia

Por las gracias de que nos priva, por los méritos que nos arrebatara, por las virtudes todas que destruye en nosotros, por los castigos que nos acarrea..... ¡Oh, la soberbia es un execrable y cruel tirano! ¡Ay del que se hace esclavo suyo!

1.º «Por las gracias de que nos priva.» Para alcanzarlas, la oración es el conducto ordinario; Dios es rico, pero para aquellos que le invocan (1). Mas, un soberbio ora poco y mal ¿cómo podrá participar con abundancia de los dones divinos? Ora poco y no siente la necesidad de la oración. Lleno de sí mismo, infatuado con lo que es, ó se cree ser ¿qué tiene que pedir? Por otro lado, orar equivale á hacerse uno abogado de sí mismo, de su miseria, reconocer su dependencia, su debilidad, su nada ante Dios; en fin, orar es humillarse. Pues esto es cabalmente lo que más se opone á las inclinaciones del soberbio. Ora mal, porque para la buena oración es indispensable el recogimiento que no se obtiene sino por la paz del alma; y pretender la paz en un corazón soberbio es como buscar la calma en el seno de la tempestad. Si hay un sacerdote, al cual la experiencia no haya enseñado cuán imposible es comunicar con Dios por medio de la oración cuando se está bajo el dominio de la más turbulenta de las pasiones..... ¡Dichoso de él! Mas ¿dónde está ese tal? *Quis est hic, et laudabimus eum?* (2).

2.º «Por los méritos de que nos priva.» ¿Qué fruto sacaré yo de mis acciones, aun de las más santas en sí mismas, si su móvil es la soberbia? Los fariseos oraban largo tiempo, ayunaban con gran rigor y observaban la ley hasta la escrupulosidad; y sin em-

(1) Rom., X, 12.

(2) Eccli., XXXI, 9.

bargo, Jesucristo los reprueba. Y conviene aquí observar que la soberbia no es uno de los vicios ó pasiones afeminadas que retraen al hombre del trabajo; nada de eso: al contrario, vemos á muchos sacerdotes señalados como modelos de actividad y de celo y oímos que todos hablan del bien que hacen.... Mas ¡ay! cuando comparezcan delante de Dios ¡cuántas obras que ahora tanto los honran delante de los hombres, serán entonces rechazadas en aquel divino tribunal como inútiles, ó se les echarán en cara como malas, por haber sido envenenadas por el tósigo mortal de la soberbia! ¡Ay Dios mío! yo oro, catequizo, confieso, emprendo obras y prácticas piadosas, soy el alma de tantas buenas y santas empresas que se promueven en esta ciudad, en esta diócesis.... ¡Qué vida tan ocupada, dice el pueblo! Pero Dios tal vez no ve en ello más que vacío, y si no cambio de sistema oiré pronunciar contra mí aquella formidable sentencia: *Servum inutilem ejicite in tenebras exteriores* (1). Y ¿no es verdaderamente deplorable trabajar como un apóstol para prepararse la suerte de un réprobo?

3.^o «Porque destruye en nosotros todas las virtudes.» La fe es el fundamento de toda virtud, pero cuando está basada en la humildad. Porque ¿cómo podrá un espíritu presuntuoso respetar la insondable incomprendibilidad de nuestros misterios? Bien sabemos como se «envanecieron en sus pensamientos» (2), aquellos grandes talentos que parecían prometer tantos consuelos á la Iglesia, y que después le han hecho derramar tantas lágrimas. Sin humildad no es posible poseer ni la fe viva, ni los dones de consejo y sabiduría tan útiles para un sacerdote, como necesarios para un director de conciencias: *Confitebor tibi, Pater.... quia abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis* (3).

(1) Matth., XXV, 30.

(2) *Evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum* (Rom., I, 21).

(3) Matth., XI, 25.

Con la soberbia no es posible ninguna virtud: ni la paciencia, ni la dulzura, ni el celo apostólico, ni la paz entre los miembros del mismo clero; porque si la caridad es el vínculo que une los elementos, la soberbia es el más terrible de los disolventes: *Inter superbos semper jurgia sunt* (1). La castidad misma no reconoce enemigo más formidable; la soberbia de la carne, casi siempre dimana de la soberbia del espíritu: *Multis superbia luxuriæ seminarium fuit* (2). San Juan Crisóstomo decía: la pasión de la vanagloria es el fuego donde se calientan todas las demás.

4.^o «Por los castigos y males que nos acarrea.» Es cierto que Dios no se deja arrebatarse impunemente un bien que El mismo ha declarado que jamás cedería á nadie: *Gloriam meam alteri non dabo* (3). Dios resiste á los soberbios (4). No dice tan sólo que les retirará su gracia y su socorro, sino que les resiste: colócase frente por frente á ellos oponiendo fuerza contra fuerza. Y siendo disposición de la Providencia que el hombre encuentre su castigo en las cosas mismas de que se sirve para pecar: *Per quæ peccat quis, per hæc et torquetur* (5), cuanto más devorado por el deseo de la gloria esté el soberbio, tanto más quedará confundido por las humillaciones: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia* (6). Así es que donde él busca la gloria y los honores, en eso mismo hallará el desprecio y la deshonra, y se verificará para él en esta vida el oráculo divino que dice: *Qui se exaltat humiliabitur. Dispersit superbos mente cordis sui. Deposuit potentes de sede.* Siempre dará con algún

(1) Prov., XIII, 10.

(2) San Gregorio.—Entre la soberbia y la voluptuosidad es tan íntima la alianza como profundas las relaciones. Porque aquella es cierta voluptuosidad del espíritu, ésta, una especie de orgullo del sentido; y la corona de la castidad no la consiguen más que los humildes. (R. P. Felix).

(3) Isai., XLII, 8.

(4) I, Petr., V, 5.

(5) Sap., XI, 17.

(6) Prov., XI, 2.

Mardoqueo que trueque el triunfo de Amán en baldones y desesperación.

Pero estos castigos temporales están llenos de misericordia; más tremendos son los que nos aguardan en el juicio universal y en la eternidad, cuando el soberbio ha de quedar aplastado bajo los pies de la venganza divina: *Dies Domini exercituum super omnem superbum..... et super omnem arrogantem* (1). San Gregorio ve en este vicio una señal evidente de reprobación: *Evidentissimum reproborum signum est superbia*. Examinemos pues, nuestro corazón, deploramos lo pasado y no desistamos de combatir en nosotros una inclinación tan funesta y pecaminosa que no desaparecerá sino con nuestro último suspiro.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Por qué Dios odia el orgullo más que los otros vicios*. El orgullo ataca directamente á Dios, de la manera más osada y criminal. Es la negación de los más esenciales atributos de la Divinidad. Para el orgulloso Dios deja de ser el manantial de todo bien: ya no es el principio de donde manan ni el fin último al cual han de volver, como los ríos al mar, todas las cosas. El orgulloso no quiere alabanzas é incienso sino para sí. Este vicio es odioso, sobre todo, cuando se considera en un sacerdote, el cual, por su estado, debe ser el hombre de la gloria de Dios.

PUNTO SEGUNDO.—*Motivos particulares que nos han de mover á odiar el orgullo*. 1.º Las gracias de que nos priva. Un orgulloso no reza: no siente esa necesidad: rezar equivale á humillarse. Un orgulloso reza mal: porque está dominado por la pasión más turbulenta. 2.º Los méritos que nos hace perder. ¿Qué fruto sacaré yo de mis acciones, aun de las más santas, si el orgullo es su móvil? Acaso trabajaré mucho, y sin embargo seré un siervo inútil. Pasaré los trabajos de un apóstol para prepararme la suerte de un demonio. 3.º Destruye todas las virtudes. La fe, porque ésta estriba sobre la humildad: Dios se esconde á los soberbios y se revela á los humildes. La caridad; porque un orgulloso es esen-

(1) Isai., II, 12.

cialmente egoísta. La castidad no tiene enemigo más formidable. El orgullo es el pábulo que alimenta todas las pasiones. 4.º Los castigos que nos prepara. Dios resiste al soberbio que llega á ser verdugo de sí mismo por su exagerada susceptibilidad. «Quien se ensalza será humillado» en esta vida y en la eternidad. Este vicio es señal segura de reprobación.

MEDITACIÓN XLIII

Sobre el mismo asunto

- I. Somos muy inclinados á la soberbia.
 - II. Modo de combatirla.
- Los mismos preludios.

PUNTO I

Somos muy inclinados á la soberbia

1.º Es este un pecado en que fuimos concebidos: *In peccatis concepit me mater mea* (1). Nacemos con el germen de este vicio en el corazón, lo cual hace que esta culpa no solo sea común, sino en cierto modo universal. Por lo tanto, el que ya no sintiese los estímulos de la soberbia, podría decir con razón que el Adán terrenal está muerto en él.

2.º Además, ningún vicio mejor que este sabe disimularse á sí mismo y esconderse bajo las apariencias de la virtud. Por lo tanto para cercioraros de que estáis libres de su influencia, examinad seriamente los motivos de vuestras determinaciones. Conservarse uno en calma y dueño de sí mismo cuando nadie le ofendé, no quiere decir que sea humilde: ni el callar y perseverar tranquilo á pesar de los ultrajes que recibe, es señal inequívoca de humildad. Porque puedo soportar una afrenta por el peligro que veo en defenderme, por el temor de exacerbar la herida en vez de sanarla, por la altanería de despreciar al que me maltrata; y en estos casos la calma no es

(1) Ps. L.

más que una soberbia prudente y la paciencia un frío cálculo del amor propio.

3.º Todo contribuye á fomentar esta pasión, y á menudo se fortalece con lo mismo que debilita á las demás. En efecto, la mortificación doma y extingue la voluptuosidad, las limosnas piadosas destruyen la avaricia, el trabajo moderado triunfa de la pereza; pero todo esto, si uno no está sobre aviso, puede tornar ventajoso á la soberbia. Ella sabe usar en provecho suyo hasta de sus propios defectos. Pues qué ghe reportado yo acaso alguna victoria sobre ella? Ya se está congratulando conmigo para arrebatarme el fruto de aquel triunfo. Agréguese á todo esto, que la soberbia se abalanza contra cuanto hay de más elevado en el orden de la gracia y de la santidad. Ella precipitó en el abismo á los ángeles, y tiene por costumbre adherirse en modo especial á las almas virtuosas. Cuanto más rico os ve, más se esfuerza por despojaros de vuestros bienes. Por eso dice San Euquerio, que á medida que adelantáis en la virtud debéis guardaros con mayor recelo de la vanidad. Los Santos la temen siempre: en la soledad, en sus oraciones, en sus ayunos; la temen hasta en las prácticas y medios que buscan para combatirla.

4.º Por último, respecto á los sacerdotes la tentación de la soberbia es cosa de cada momento. Su dignidad sublime, sus poderes tan extensos, sus ministerios tan honrosos, la veneración en que se les tiene, todo en ellos sirve para fomentar las seducciones del amor propio; por esto dice San Bernardo que ha perdido más obreros evangélicos la soberbia que todos los vicios juntos.

En vista de esto ¿qué no hizo Jesucristo para prevenir á sus Apóstoles y sacerdotes contra esta pasión tan abominable? Después de haberles lavado los pies les advierte que el discípulo ó el siervo no es más que el dueño..... que el Hijo del Hombre, su soberano señor, no ha bajado á la tierra para ser servido, sino para servir. También les prohíbe imitar á los fariseos, siempre amantes de las apariencias y de los títulos honoríficos: *Vos autem nolite vocari Rab-*

bi (1). Y cuando veía á sus discípulos volver tan contentos y satisfechos de su misión y contarle con gran gozo los estupendos prodigios que habían obrado: *Reversi sunt cum gaudio dicentes: Domine, etiam demonia subjiciuntur nobis.....* nada omitía para precaverlos y robustecerlos contra el veneno de la vanagloria: *In hoc nolite gaudere*, les dice; y temiendo que esta advertencia no fuese suficiente, emplea las expresiones más enérgicas, recurre á las imágenes más espantosas: *Videbam Satanam sicut fulgur de caelo cadentem* (2). «Oh apóstoles, vosotros me habláis de vuestras hazañas, pero yo tiemblo por el riesgo en que os halláis.» ¡Qué lección!.... Y mientras los discípulos disputan y le preguntan ansiosos por saber quién será el primero en su reino, El pronuncia aquella sentencia capaz por sí sola de destruir y aniquilar toda clase de orgullo: *Si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister* (3). Y no se contentó con esto, sino que queriéndoles dar una idea sensible de esta pequeñez que les propone como único fundamento de la cristiana grandeza, habiendo llamado á un niño, lo puso en medio de ellos, diciéndoles: *Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum caelorum* (4).

PUNTO II

Cómo debemos combatir la soberbia

Con la luz se disipan las tinieblas, y con la verdad queda destruída la mentira. Pues la soberbia, según San Agustín, es una falsa imaginación de grandeza. En este vicio todo es falso, por manera que la soberbia es para el alma lo que la hinchazón para el cuerpo; nadie creyó nunca que la hinchazón fuera salud. Si queremos curarnos de la soberbia rechazemos el error y hagamos que reine en nosotros la verdad:

(1) Matth., XXIII, 8.

(2) Luc., X, 18.

(3) Marc., IX, 34.

(4) Matth., XVIII, 3.

Non est quo intret vanitas ubi regnat veritas (1). Sean nuestros pensamientos y nuestros afectos inspirados en la verdad, y la vanidad ya no tendrá nada que hacer con nosotros.

Llegaremos á ser humildes, dice San Agustín, *ex intuitu conditoris nostri, et conditionis nostra*. Cuando lleguemos á conocer bien la infinita excelencia de Dios y la miseria de nuestra naturaleza, la justicia nos obligará á honrar á quien se lo merece y á despreciar al que merece desprecio, diciendo con el profeta Rey: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam* (2). Para convencernos de nuestra nada, consideremos á nuestro cuerpo con sus enfermedades y su próxima putrefacción en el sepulcro; nuestro entendimiento con sus tinieblas, nuestra imaginación con sus delirios, nuestra voluntad con sus inclinaciones y debilidades. Preguntemos después á nuestra conciencia, y aunque ella no nos acusase más que de un solo pecado mortal en toda nuestra vida, tendremos razón suficiente para confundir nuestro orgullo.

En efecto ¿qué hice yo cometiendo un pecado grave? Me degradé poniéndome debajo de los seres más viles: me convertí en un miserable, expulsado del Cielo, condenado á los suplicios eternos; me hice rebelde y traidor para con mi adorable Señor, al cual me estrechaban los deberes más sagrados; fui un hijo ingrato y desnaturalizado para con el mejor de los padres; quise ser verdugo de Jesucristo, á quien crucifiqué en mi propio corazón..... ¡Ah, aunque no hubiese delinquido más que una sola vez, sería digno de un desprecio eterno! ¿Y qué será de mí que tantas veces he delinquido?... Mas, supongamos que alguno de nosotros no haya cometido ninguna culpa grave y que todavía conserve delante de Dios los esplendores de la inocencia primera. ¿Cuánto se necesita para caer en un pecado mortal, y ser herido de muerte repentina que me presente delante del supremo juez para

(1) San Bernardo.
(2) Ps. CXIII.

oír el fallo de mi eterna condenación?... Basta un solo instante.... ¡Ah! ¿es posible que sea orgulloso el que haga seriamente estas reflexiones?

También será un medio muy poderoso para vencer esta inclinación tan funesta la meditación de los oprobios de Jesucristo, los cuales son muy eficaces para nuestro espíritu y para nuestro corazón. Porque al paso que nos demuestran cuán justamente merecemos los desprecios de que somos objeto, hacen que los miremos como especial favor que Dios nos dispensa para hacernos en todo conformes á su Hijo predilecto, guiándonos de ese modo á la consecución de la verdadera humildad, que es la del corazón: *Discite a me quia mitis sum, et humilis corde* (1).

Por último, la locura del orgullo bien ponderada llegará á ser el remedio de sí misma. Porque descubrir en mí pobreza y flaquezas que me envilecen hasta la nada, y me hacen aún más indigno que la nada, puesto que lo que no existe nunca ha pecado.... y sin embargo ensoberbecerme.... ¡qué locura!... ¿No debiera ser esto más que suficiente para humillarme?

Sin embargo, si yo llegase á persuadirme de que podría librarne de esta locura pecaminosa por mis propias fuerzas, también esto sería orgullo desmedido. Yo ni puedo, ni debo esperar mi salud sino de Dios, y sólo de Dios: *Remedium nullum potest esse contra vanam gloriam, nisi sola oratio* (2). A El pues, con todo el fervor de mi alma elevaré esta súplica de la Iglesia: *Deus qui superbis resistis, et gratiam præstas humilibus, concede nobis veræ humilitatis virtutem..... ut nunquam indignationem tuam provocemus elati, sed potius gratiæ capimus dona subjecti* (3).

(1) Matth., XI, 29.
(2) San Juan Crisóstomo, Homilía. 15in Matth
(3) Orat. miss.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Nosotros somos muy particularmente inclinados al orgullo.* Nacemos con ese germen. Ningún vicio sabe difrazarse más perfectamente bajo la capa de virtud. En todo encuentra pábulo: lo que enerva las otras pasiones sirve para robustecerlo: hasta de sus propios defectos sabe el orgulloso sacar partido. Ataca con preferencia cuanto hay de más elevado en el orden de la gracia y de la santidad. Mientras más rica es una alma, más codiciosa y ávida es esta pasión para despojarla. ¡Cuánto trabajó é insistió el Divino Salvador para prevenir y preservar á sus Apóstoles y á sus sacerdotes de este vicio!

PUNTO SEGUNDO.—*Cómo debemos combatir el orgullo.* En este vicio todo es mentira: opongámosle la verdad. Si ésta reina en nuestros pensamientos y afectos, la vanidad no podrá penetrar en nuestro espíritu ni en nuestro corazón. Conozcamos á Dios, conozcámonos á nosotros mismos y entonces tributaremos el honor á quien es debido y despreciaremos lo que no merece sino desprecio. Consideremos nuestro cuerpo: lo que es y lo que será muy pronto: nuestro entendimiento y sus tinieblas, nuestra imaginación y sus desvaríos. Preguntemos á nuestra conciencia; nuestras caídas, nuestros peligros..... Meditemos los oprobios de Jesucristo, la locura de nuestro orgullo, y sobre todo, acudamos al Señor con humildad y confianza.

MEDITACION XLIV

El espíritu de interés. Su oposición al sacerdocio

- I. Se opone á la dignidad del sacerdote.
- II. A su misión y á su fin.

PUNTO I

Oposición del espíritu de interés á la dignidad sacerdotal

Ni el hombre, ni el cristiano, y mucho menos el sacerdote, pueden aficionarse desordenadamente á los bienes materiales y perecederos sin desconocerse y degradarse á sí mismos. Un pagano solía decir

hablando de las cosas terrenales: *Major sum, et ad majora natus.* Un cristiano á la vista de ellas debe exclamar: *Quam sordet tellus, dum cælum intueor!* ¿Y qué dirá un sacerdote si conserva alguna idea de su verdadera grandeza, y se hace cargo del lugar que ocupa en el universo?.... Un hombre que sobrepuja en dignidad á los monarcas de la tierra, tanto cuanto el alma sobrepuja al cuerpo; un hombre que pertenece al Cielo por la sublimidad de sus funciones; que es, por decirlo así, igual á los ángeles á quienes aventaja en poder; un hombre dedicado exclusivamente á las cosas divinas, que tiene por misión reconciliar al Criador con la criatura, combatir al infierno, destruir el pecado, establecer el reino de la virtud, de la gracia y de la paz.... ¡Ah, un hombre de esta suerte, favorecido con el don de una vocación tan sublime, se respetaría muy poco á sí propio, si llegara á aficionarse á las vanas riquezas que Dios entrega á sus mismos enemigos, á los que hiere con sus maldiciones!.... ¿Será posible que se dediquen con seriedad al lucro y á la ganancia? ¡Oh vituperio y profanación del sacerdocio! *Ignominia sacerdotis est propriis studere divitiis* (1). Hombre de Dios ¿por qué te envileces? ¿así te olvidas de lo que debes huir y de aquello á que debes aspirar? *Tu autem, homo Dei, hæc fuge: sectare vero justitiam, pietatem.....* (2) Si no fueses el hombre de Dios, ni el ministro de ese Salvador que no tiene siquiera dónde reclinar su cabeza y que ha fundado la santidad del cristiano y del sacerdote en el desprendimiento de las cosas de acá abajo, tu afecto al oro, y tus deseos de enriquecerte no serían tan inexcusables; mas siendo el encargado de representar á Jesucristo, huye, huye de todo lo que forma tan repugnante contraste con el Dios del pesebre de Nazareth y del Calvario. Aficiónate más bien á la justicia y á la santidad; ama á Dios, has que sea amado, prepárate á poseerle eternamente, conduce las almas al Cielo:

(1) San Jerónimo. *ad Nep.*

(2) I Tim., VI, 11.